

FRANCISCO LOPEZ CARVAJAL.

I

ÆRE PERENNIUS.

Dame la sombra del laurel acerbo
 Que gime á la ventisca
 Y la hojarasca que desecha el serbo
 Por donde el Pó sus márgenes enrisca.
 Dame el amor de aquella luz ardiente
 Del cielo azul adonde Atenas mira,
 Y esa brisa de olores que suspira
 Un suspiro de amor sobre la frente.
 Venga á mi plectro el aire
 De la antigua canción, y más amenos
 Me serán y más ricos de donaire
 Los tonos de los cánticos helenos.
 Dame, oh bardo, las flores amarillas
 De color de lo viejo.....
 No quiero manto azul ni campanillas,
 Colgados por mirarse en un espejo,
 Del raudal de mi edad en las orillas.
 Mis sueños son de ayer: quiero el idilio
 Y no la estrófa femenil moderna;
 Quiero ensayar un canto en que se cierna
 La inspiración excelsa de Virgilio.
 Más que los opulentos alijares
 Que miran á la vega,
 Hartos de azulejados alminares
 En que arábiga pompa se despliega;

Más que el palacio señorial brillante
 De pórtico esculpido en mármol rudo,
 Y más que la riqueza deslumbrante
 De columnas, blasón, clave y escudo,
 Amo las ruinas de la sabia Grecia,
 De Lacio en las campiñas, la casuca
 Que de los tiempos el rigor desprecia,
 La cornisa en que el ave se acurruca,
 El roto capitel de hojas de acanto
 Y la rota cariátide en que crece
 La parietaria con el mirto santo,
 Que así al favonio mece
 La verde cabellera,
 Como se me parece
 De un yelmo de granito la cimera.

La patria del recuerdo, aquella tierra
 Que en cerco de colinas
 La Roma de los Césares encierra,
 Me habla con la belleza de las ruinas.
 La espléndida comarca
 Que de hermosura guarda y poesía
 Lo que la mente á comprender no abarca;
 Aquella en que solía,
 Con lira griega de melifluas notas,
 Vibrar de Homero el épico lenguaje,
 Que hoy apaga el clamor de las gaviotas
 Y asorda el mar con su rumor salvaje,
 Me arrebató á los mundos del ensueño,
 Y ese país de los misterios dueño,
 El Egipto teócrata, sapiente,
 Que sembró el arenal yermo y tranquilo
 De montañas del arte, cuya frente
 Aun se refleja en el remoto Nilo;
 Que en Heliópolis, templos hizo un día

Al sol que veneraba el ibis santo,
 Ese Egipto..... ¡A qué ideales de armonía
 Arrastra el alma con su eterno encanto!
 ¡Qué vagos que se antojan al poeta
 Y qué bellos también los carrizales
 De verde plumazón que el aire inquieta!
 ¡Qué altivos cabe el monte los cedrales!
 ¡Qué lleno de memorias ese suelo
 Del ancha Galilea,
 Y quién nos diera contemplar su cielo
 Cuando, al perderse, Sirio centellea
 Tras el agria corona del Carmelo!
 ¡Valles de Sión! os sueño y me figuro
 Que vienen á mi plectro en torbellino
 Las brisas del Cedrón torvo y obscuro.
 Del Olivar divino
 Siento venir aromas tempraneros
 Y cual turbión de viejos ruseñores
 Que arrancó de olorosos balsameros
 El vendaval de los pasados días,
 Vienen á mi laúd, pensando en veros,
 Los gemidos del arpa de Isaías.
 ¡Oh numen! Si tu aliento soberano,
 Nuevo Edipo ludibrio de la Esfinge,
 Hallase de la forma el mudo arcano!
 ¡Si hablara el labio lo que el numen finge,
 Mi acento fuera catarata hirviente,
 Luz sideral, fragancia de jardines,
 Carmen donde las alas del ambiente
 Se impregnase de lirios y jazmines!

 Así no es! Atónito me pierdo
 En los sueños de ayer; mi fantasía
 Yerra callada, estéril y sin guía
 Por la extensión inmensa del recuerdo.

Caen sus hojuelas como nieve en copos,
 Penden sus flores que la brisa orea,
 Si quier vueltas al sol como heliotropos,
 Lejanas del amor de sus penates.....
 ¡Tal hacen columpiar el arpa hebrea
 Los sauces pensativos del Eufrates!

II

FAR FROM.

Cual suele rezagada golondrina
 Que la crudeza del invierno duro
 Ni conmueve ni arredra,
 Tornar á su morada peregrina
 Colgada en las parásitas del muro
 Y oculta entre la hiedra;
 Así tornan al alma entumecida
 De la ausencia entre el hielo,
 Las memorias más gratas de la vida,
 Pájaros que emigraron á otro suelo
 Donde el amor se anida
 Y que hoy, sin miedo al frío,
 Acuden á su hogar, al pecho mío.
 No sobre agrestes peñas
 Alzará el alhelí sus verdes hojas,
 Ni crecerán entre espinosas breñas
 Gardenias blancas y camelias rojas;
 Pero á la sombra dulce que les presta
 El tibio invernadero
 En la abrasada siesta,
 Bien pueden entreabrir su flor enhiesta
 Las madre selvas del amor primero.
 Y no importa que el fuego de unos ojos

En que mi vista recreóse un día,
 No les dé su calor, ni su alegría
 Les dé la aurora de tus labios rojos;
 No por eso te olvido: tras los velos
 Que flotan en los cielos
 De la ausencia, mi anhelo te presente,
 Que espejo de recuerdos es la mente
 Y en él te miro siempre, mi paloma,
 Como el lirio ve al sol, cuando se asoma
 Al cristal tembloroso de la fuente.

 III

FATALITY.

Ase el muérdago acerbo la corteza
 Del tronco añoso de vivir cansado
 Y le absorbe la savia. Así han dejado
 A mi alma tu recuerdo y tu belleza.

Nos vimos en el mar. Un cierzo mismo
 Unió las dos, al impulsar tu nave;
 Otro nos separó; después ¡quién sabe
 Qué vendaval nos junte en el abismo!

Nos espoleaba ardiente un vago anhelo:
 Penetrar en el mundo de lo ignoto;
 Ansia de más allá, la del piloto;
 Afán de alondra de subir al cielo.

Un sueño de mis sueños: eso fuiste.
 Buscando estrellas me encontré tus ojos:
 Más dijeron entonces tus sonrojos,
 Que tu voz cuando "te amo," me dijiste.

Me aparta de tu amor destino artero,
 La razón me reclama que te olvide;

Y cuando con más fuerza me lo pide
 Menos debo quererte y más te quiero.

Dé aroma deleitoso urna murina,
 Astro que con cegar encanta: eso eres,
 Y allá va mi albedrío donde quieres,
 Cual, donde quiere Dios, la golondrina.

¡Prenda del alma! En batallar horrible,
 Apuro mi dolor con gozo extraño,
 Una sombra me sigue: el desengaño;
 Otra sombra persigo: el imposible!

Pero no importa! Loco devaneo
 Me finge amado y mi ventura es cierta.....
 Penetra en mi alma, la hallarás abierta
 Y en ella te verás cual yo te veo!

JOSE LOPEZ PORTILLO Y ROJAS.

ALMA NATURA.

Caminando del monte por la falda,
 Miro huir á mi espalda
 De la ciudad el triste caserío,
 En tanto que á mis ojos anhelantes
 Aparecen radiantes
 El campo inmenso y el azul vacío.

Tiñese de rubor el alba pura
 En la diáfana altura,
 Y semeja el confín mar de escarlata;
 Asoma el sol la rubicunda frente
 En el lejano Oriente
 Y por la esfera su esplendor dilata.

Sobre el primor de las campestres galas
 Bate el viento las alas
 Y alegres himnos por doquier concierta;
 De ruidos misteriosos se alza el coro,
 Brama gozoso el toro
 Y el eco aletargado se despierta.

El labrador alegre y satisfecho
 Va en el amplio barbecho
 Surcos trazando con el corvo arado,
 Y la yunta obediente y silenciosa
 Camina perezosa
 Desde un extremo al otro del cercado.

Cruza el musgo gimiendo dulcemente
 La límpida corriente
 En cuyas ondas se retrata el cielo,
 Pareciendo decir en su cadencia:
 —Es bella la existencia;
 Correr, gozar, morir, tal es mi anhelo.

Envueltos en sus lánguidos capuces
 Los copudos saúces
 Se asoman á las aguas con tristeza,
 Cual sabios que pensando en los engaños
 De los rápidos años,
 Inclinaran gimiendo la cabeza.

Entre las frondas de la selva obscura,
 En la fresca espesura
 Se oye el trinar de cadenciosas aves,
 Que van cantando en argentinas notas
 Sus ternuras ignotas,
 Sus blandos goces y sus penas graves.

¡Salud, esplendoroso panorama!
 De la vida la llama
 Siento que en mí vuestro fulgor atiza,
 Y entre contento, inspiración y pasmo,
 El perdido entusiasmo
 Vuelve á arder de mi pecho en la ceniza!

Mi rápido corcel, de aire sediento,
 La nariz abre al viento
 Y el arqueado cuello alza gozoso;
 Baña de espuma la apretada cincha,
 Y con fuerza relincha
 Tascando el freno, de correr ansioso.

Al escuchar su acento entusiasmado,
 Se detiene el ganado
 Que la rica dehesa casi esconde,
 Y sacudiendo la crinada frente,
 Con relincho potente
 Al saludo de júbilo responde.

Oprimiendo en la mano sacudida
 La restirada brida
 Que al noble ardor del alazán ofende,
 Siento que yo también cruzar quisiera
 En rápida carrera
 El campo inmenso que ante mí se extiende;

Y volar, cual de vértigo llevado,
 Al confín esfumado
 Que se mira en los tenues horizontes,
 Y embriagado de luz y de fragancia,
 Devorar la distancia
 Burlando abismos y salvando montes.

Soy átomo no más de tu grandeza,
 Alma naturaleza:
 En mí la magia de tu fuerza siento;
 Brillo en tu luz, y con tus himnos canto;
 Ardo en tu fuego santo
 Y me arrebató tu divino aliento.

Llevo en mí la aflicción del desterrado!
 Del horizonte amado
 El ansia inextinguible me consume;
 Guía mis pasos el fulgor de un sueño,
 Y aunque ignoto y pequeño,
 Soy luz, inmensidad, nota y perfume.

VICENTE DANIEL LLORENTE.

TRABAJEMOS.

¡Bien haya con nosotros tu talento!
 El mal no cesa de tender su lazo
 Inicuo contra el bien. Burlar su intento
 Debe el cerebro pensador; no el brazo.

Las almas llenas de virtud estoica,
 Saquemos la Verdad de su destierro.....
 Vuelva triunfante tras la lucha heroica,
 Lucha de la razón, y no del hierro.

En vano pugna, con empuje exiguo,
 Quien contra el Dios del porvenir se atreve.....
 ¡Para la sombra del oprobio antiguo,
 Basta la luz del siglo diez y nueve!

Si con fantasmas la ignorancia explota
 Quien la desgracia de los pueblos labra,
 Ya la bandera de la Ciencia flota,
 Y es señora del mundo la palabra.

Retrogradar es sueño..... ¡Un embeleso
 De los que guerra á la Verdad juraron!
 ¿Quién detiene ese *sol*, sol de progreso,
 Si ya los tiempos de Josué pasaron?

¡Y hay quien no tienda al porvenir su anhelo!
 ¡Y hay quien declare el adelanto impío,
 Y ame lo que se arrastra, y odie el vuelo!
 Existe ese baldón, hermano mío.

La hidra del error, con ardimiento
Se endereza en la lid..... nos reta ufana.....
¡Es inútil! Dios quiere su hundimiento,
Porque es en bien de la conciencia humana.

Doquiera, hermano, la mentira aliente,
Es del apóstol disputarle el paso.....
¡Para el genio del bien, eterno Oriente!
¡Para el genio del mal, eterno Ocaso!

II.

DOLORA.

Pálida como el cirio
Que tu mano de nácar oprimiera,
Y blanca y mustia cual tronchado lirio
Que el aquilón azota en la pradera;
Abismada, sumisa, reverente,
El pensamiento fijo
En Dios, bajo el hermoso crucifijo,
Doblaste —lo observé— la altiva frente.

Acerqueme al lugar donde te hallabas,
Y observé, al acercarme, que gemías
Y que al Cristo clamabas
En medio de la angustia que sentías.....
Y entonces dije mientras tú rezabas:
—Pobre mujer! Te abaten los rigores
Ineludibles del dolor humano.
La pena es redención. Fuerza es que llores.
¿Qué virgen no ha sufrido sus dolores?
¿Qué bella flor no tuvo su gusano?
Dolorosa, levántate del suelo.

Si el hondo sufrimiento te acobarda,
Ausentes la esperanza y el consuelo,
La fe del mártir en tu pecho guarda:
Quien no lleva la cruz, no gana el cielo.

III

INVERNAL.

¿Dónde están las bandadas de ruiseñores
Que en tu copa dejaron alegres trinos?
¿Dónde está aquel ramaje lleno de flores
Cuya sombra fué madre de peregrinos?

¿En dónde, árbol desnudo, la regia veste
Que bordaron las flores más olorosas?
¿En dónde están tus galas, tu pompa agreste?
¿Qué se hicieron tus rondas de mariposas?

¡Pasó! Todo en la vida sufre mudanza.
Pero tú, sí te doblas mustio, sombrío,
Huérfano de tus hojas verde-esperanza,
Y sufriendo el azote del cierzo impío;

Sabes que pasajero será tu daño;
Que ha de volver tu pompa tan lisonjera,
Como las golondrinas año tras año.....
¡Solo es triste el invierno del desengaño
Porque después..... no vuelve la primavera!

LAURA MENDEZ DE CUENCA.

NIEBLAS.

En el alma la queja comprimida,
Y henchidos corazón y pensamiento
Del congojoso tedio de la vida,

Así te espero, humano sufrimiento:
¡Ay! ni cedés, ni menguas ni te paras!
¡Alerta siempre y sin cesar hambriento!

Pues ni en flaqueza femenil reparas,
No vaciles, que altiva y arrogante
Despreciaré los golpes que preparas.

Yo firme y tú tenaz, sigue adelante;
No temas, no, que el suplicante lloro
Surcos de fuego deje en mi semblante.

Ni gracia pido, ni piedad imploro:
Ahogo á solas del dolor los gritos,
Como á solas mis lágrimas devoro.

Sé que de la pasión los apetitos
Al espíritu austero y sosegado
Conturban con anhelos infinitos;

Que nada es la razón si á nuestro lado
Surge con insistencia incontrastable
La tentadora imagen del pecado.

Nada es la voluntad inquebrantable,
Pues se aprisiona la grandeza humana
Entre carne corrupta y deleznable.

Por imposible perfección se afana
El hombre iluso; y de bregar cansado,
Al borde del abismo se amilana:

Deja su fe en las ruinas del pasado,
Y por la duda el corazón herido,
Busca la puerta del sepulcro ansiado.

Mas antes de caer en el olvido,
Va apurando la hiel de un dolor nuevo
Sin probar un placer desconocido.

Como brota del árbol el renuevo
En las tibias mañanas tropicales
Al dulce beso del amante Febo,

Así las esperanzas á raudales
Germinan en el alma soñadora
Al llegar de la vida á los umbrales.

Viene la juventud como la aurora,
Con su cortejo de galanas flores
Que el viento mece y que la luz colora.

Y cual turba de pájaros cantores,
Los sueños en confusa algarabía,
Despliegan su plumaje de colores.

En concurso la suelta fantasía
Con el inquieto afán de lo ignorado
Forja el amor que el ánimo extasía.

Ya se asoma, ya llega, ya ha pasado;
Ya consumió las castas inocencias,
Ya evaporó el perfume delicado.

Ya ni se inquieta el alma por ausencias,
Ni en los labios enjutos y ateridos
Palpitan amorosas confidencias.

Ya no se agita el pecho por latidos
Del corazón; y al organismo activa
La congoja febril de los sentidos.

¡Oh ilusión! mariposa fugitiva
Que surges á la luz de una mirada,
Más cariñosa cuanto más furtiva.

Pronto tiendes tu vuelo á la ignorada
Región en que el espíritu confuso
El vértigo presiente de la nada.

Siempre el misterio á la razón se opuso:
El audaz pensamiento el freno tasca
Y exánime sucumbe el hombre iluso.

Por fin, del mundo en la áspera borrasca
Sólo quedan del árbol de la vida
Agrio tronco y escuálida hojarasca:

Voluble amor, desecha la guarida
En que arrulló promesas de ternura,
Y busca en otro corazón cabida.

¿Qué deja al hombre al fin? Tedio, amargura,
Recuerdos de una sombra pasajera,
Quién sabe si de pena ó de ventura.

Tal vez necesidad de una quimera,
Tal vez necesidad de una esperanza,
Del dulce alivio de una fe cualquiera.

Mientras tanto en incierta lontananza
El indeciso término del viaje
¡Ay! la razón á comprender no alcanza.

¿Y esto es vivir? En el revuelto oleaje
Del mundo, yo no sé ni en lo que creo.
Ven, ¡oh dolor! Mi espíritu salvaje
Te espera, como al buitre, Promoteo.

LUIS G. ORTIZ.

I

SONETOS.

I

MI FUENTE.

Al pie de la inocente y escondida
Mística choza en que rodó mi cuna,
Sus ondas derramando una por una
Rueda mi fuente entre el verdor perdida.

Cuántas noches mirando repetida
En su cristal á la naciente luna,
¡Quién tuviera, exclamaba, la fortuna
De ir en el mar por la región tendida!

Quísolo Dios: sobre flotante leño
Y entre las ondas de la mar hirviente
Vi realizarse mi afanoso empeño:

Viendo á Dios en el mar bajé la frente;
Pero agora en el mar, tan sólo sueño
Mi humilde y dulce y sonora fuente.

II

LAS GOLONDRINAS.

Salud, salud, aligeras viajeras,
Amantes tiernas del Abril florido,
Que cruzáis sobre el lago adormecido
De la estación de amores mensajeras.